

# XXV Domingo T.O. – A

---

21/ IX /2014  
Oratorio de san Felipe Neri  
Alcalá de Henares

Queridos hermanos.

La parábola que hemos escuchado sobre el Reino de los Cielos es realmente sorprendente. Me refiero a que el propietario pague el mismo jornal al que ha trabajado de sol a sol y al que ha trabajado solo una hora. Por un lado, el propietario se había comprometido con el primero en un denario —esta cantidad era la estipulada como jornal de un día de trabajo en el campo—, así que la cantidad es justa y además paga conforme a lo prometido. Lo sorprendente es que ofrezca el mismo jornal al que solo va a trabajar una hora.

Esta extrañeza nos lleva a preguntarnos qué quiere decir Cristo con esta parábola.

1º. Cristo está hablando del Reino de los Cielos, es decir de la amistad con Dios. El reino de los Cielos —muchas veces os lo he dicho— no es otra cosa que la nueva relación de cercanía, de amistad, de comunión, de familiaridad que él ha querido establecer con los hombres. No hablo de la relación que él ha establecido al crearnos en medio de este mundo, sino de aquella otra a la que nos llama en el cielo y que ya ha dado comienzo. Una verdadera relación de comunión del hombre en la vida de Dios.

2º. La llamada de Dios al hombre para que entre en su amistad es gratuita. Dios no debe nada a ninguno de nosotros. Nada hemos hecho para merecer la amistad de Dios, ni para merecer su cariño. Dios nos ha llamado a su amistad porque le ha dado la gana. Como dice san Juan: **«Dios nos amó primero»**. Por lo tanto, él nos llama a cada uno cuando le parece más conveniente, quizá cuando ve que nuestro corazón está dispuesto. Entonces se hace el encontradizo y nos llama.

3º. Saber esto y tenerlo presente nos hace humildes, nos hace agradecidos y nos hace alegres. Nos hace humildes porque sabemos que nada merecemos. Pensando en esto se me venía a la cabeza san Francisco de Asís. Él sabía que no era nada, solo un poco de tierra. Una anécdota sobre él. Cuando sentía que iba a morir —ya no se podía mover— pidió a sus hermanos que lo levantasen de su lecho, ya pobre de por sí, y lo colocasen en la tierra, en la tierra desnuda. Y así murió, confundido con la tierra. Era una forma de ponerse ante Dios en el momento supremo diciendo: Señor sé lo que soy y así me presento a ti. Este pensamiento, que no era más que tierra delante de Dios, le acompañó desde su conversión. Sin embargo, no era para él motivo de tristeza, sino de una profunda alegría, porque experimentaba que al haber sido llamado por Dios, él que no era nada, se convertía en una especie de príncipe. Sabía que no tenía que ganarse el favor de Dios, sino que ya lo tenía, que había sido amado siendo nada. Eso le llenaba de alegría y de agradecimiento. De ahí que muchas veces cantara como si fuese un loco enamorado. Para los que conozcáis algo de la vida de san Francisco, es cierto que también sufrió y buscó la mortificación, pero eso, que no podemos explicarlo ahora, no quita la verdad de lo que os he dicho. San Francisco, reconociendo su nada ante Dios, experimentó la gratitud y la alegría y la enseñó a todo el que se le acercaba.

4º. Vamos ahora a un punto crucial para entender el evangelio de hoy. He dicho antes que el denario era, en tiempos de Jesús, el jornal establecido para un día de trabajo en el campo. Pero aquí, cuando se habla de llamada de Dios a su Reino, más allá del símbolo del denario hay que buscar la realidad de lo que Dios ofrece al llamarnos. El “denario”, que es la única paga que el dueño de la viña da a unos y otros, nos remite a la única paga que Dios ofrece a todos los que llama: su Hijo Jesucristo. Dios, lo que ofrece como recompensa, como herencia, como paga, es a Jesucristo. Otra cosa no es digna de Él. No es digno de la grandeza de Dios llamarnos para darnos otra cosa que no sea el objeto precioso de su amor. El Hijo es el corazón del Padre y ese corazón es el que Dios nos ofrece. Y para ofrecémoslo lo ha adaptado a nuestra condición: El Hijo eterno se hizo hombre para darse a los hombres. Otra cosa no es digna de Dios. Dios no da cosas, Dios se da a sí mismo. Y este don es un

don totalmente desproporcionado para nosotros. Llamados al comienzo de nuestra vida o al final, con mucho o con poco trabajo a nuestras espaldas, al final la paga siempre es Cristo. Y es una paga totalmente desproporcionada, no solo para el último en llegar, también para el primero.

Un ejemplo. Yo podría decir: «Señor me llamaste desde niño. Siendo aún muy joven renuncié a esto y a aquello y entré en el seminario. Lo hice mucho antes que la mayoría y de hecho era el más joven de mis compañeros. Y desde que soy sacerdote, desde los 24 años, he hecho esto y esto y esto; y he sufrido esto y esto y esto por ti». Y podría pensar que los que han venido más tarde, después de haber disfrutado del mundo, deberían estar por detrás en la recompensa final. Pero cuando veo que mi recompensa es el mismo Cristo, aquel que me amó y se entregó por mí, aquel que me hizo el favor de llamarme a su amistad cuando solo era un muchacho, que llevo disfrutando de su amistad desde niño, entonces todo cambia. Entonces digo con el salmo: **«Tú eres el lote de mi heredad..., me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad»**. Si yo no me diese cuenta de esto, entonces estaría despreciando el don de Dios, estaría diciendo que este don, que es su Hijo, es poco para mí. Y entonces tendría que oír, como dicho para mí, el final del evangelio de hoy: **«los últimos serán los primeros y los primeros los últimos»**.

Otro, que quizá haya vivido lejos de Dios, incluso en contra de la voluntad de Dios, puede que ahora escuche su llamada, siendo ya viejo o estado ya enfermo. Y podría decir: «Señor vengo a ti cuando el mundo me ha fallado. Vengo a ti cuando me han fallado mis planes. Vengo a ti cuando me siento enfermo. Vengo a ti cuando siento miedo ante el futuro o ante la muerte. Seguramente no merezca casi nada de ti». Sin embargo, el que así se acerque, descubrirá que Dios le tiene preparado el mismo precioso jornal: a su mismo Hijo hecho hombre.

Se entiende lo que decía el profeta Isaías: **«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes»**. Nuestra mirada es mezquina y mezquino y pobre el objeto de nuestros deseos, pero Dios ha pensado algo verdaderamente grande para nosotros, Dios ha preparado para nosotros un don digno solo de él: su propio corazón, que es su Hijo, que además es el único alimento adecuado de nuestra alma.

5°. Una advertencia, atendiendo a las primeras palabras del profeta. Si la recompensa de Dios es su Hijo, una persona, entonces solo puede ser acogida si nuestra libertad lo hace suyo, si nuestra libertad, al escuchar la llamada de Dios, se pone en pie y se dirige a él. Por eso decía Isaías: **«Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras esté cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón»**. Ninguno merece que Dios le llame, pero, cuando nos llama, debemos escucharlo y obedecer. San Ambrosio, llamado siendo ya un hombre adulto a la vida de la fe primero, y luego al sacerdocio y al episcopado, se dirige apasionadamente también a aquellos que han ido postergando la llamada de Dios, y dice: **«Ven también tú, aunque sea tarde, aunque haya caído la noche. En cualquier momento, encontrarás a Jesús dispuesto a fijar su mirada en ti y a darte una recompensa que no es menor por haber llegado más tarde»**.

6°. Sabiendo el premio al que Dios nos llama, entendemos las palabras de S. Pablo, el enamorado de Cristo: **«Para mí la vida es Cristo... deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor»**. Desea morir para alcanzar definitivamente a Cristo. Sin embargo deja a un lado su deseo y se dispone al trabajo por el Reino de los Cielos. No porque quiera ganar el premio que ya tiene asegurado. El que trabaja por el Reino de los cielos, teniendo segura su paga, lo hace ahora por gratitud, no para comprar no lo que no podría nunca ganar, ni aún con el martirio.

Jóvenes o viejos, escuchemos la llamada de Dios, reconozcamos la grandeza del don que nos ofrece, hagámonos humildes, llenémonos de alegría y gratitud. Y dispongámonos al trabajo agradecido.

Alabado sea Jesucristo.  
Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.